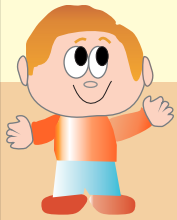


Ascensión del Señor

Mateo 28, 16-20



Santiago: Hola Jesús. Tengo una pregunta. Si todos tenemos los ojos de la fe, ¿por qué no todos pueden creer que Tú eres lo máximo?

Jesús: Porque no saben usar sus ojos de la fe. Algunos creen que les van a servir para ver lo que ellos quieren, y no lo que es la verdad.



Santiago: Sí. Como los que dicen que pierden la fe si le piden algo a Dios y Él no se los da. Pero es que, lo que piden, no es lo que Dios quiere para ellos. Como cuando piden dinero o cosas.

Creo que es porque no escuchan lo que Tú nos dices.

Tú me dices que sea pobre de espíritu. Eso es que me reconozca chiquito y necesitado de Dios. Pero en lugar de eso, es como si yo te pidiera que me ayudes a conseguir dinero. ¡En eso no me tengo que fijar! Es tan absurdo, que hasta llego al colmo de decir que si no me das el dinero, es porque Tú no me escuchas o no eres tan poderoso.

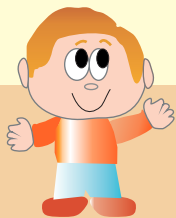
Por eso, yo quiero ser uno de tus apóstoles, porque así nunca voy a ver a ninguno de mis amigos dudar de Ti.



Jesús: Pues después de que resucito, los once discípulos se van a Galilea, al monte que Yo les mandé. Y al verme me adoran. Pero algunos dudan.

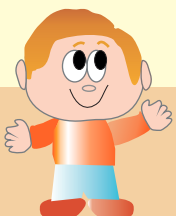
Santiago: ¿Dudan? ¿Y Tú qué haces?

Jesús: Me acerco a ellos y les hablo así: «Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Vayan pues, y enseñen a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enseñándoles a observar todas las cosas que les he mandado. Y miren que Yo estoy con ustedes todos los días, hasta la consumación del siglo».



Santiago: Gracias por no enojarte con ellos, después de todo lo que nos has dado. Gracias por decirles a ellos y a nosotros quién eres Tú. Tú eres el que tiene todo el poder en el Cielo y en la Tierra, porque Tú eres lo máximo.

Gracias Jesús, porque por mi Bautismo, muero al mundo y al pecado, para tener una vida nueva en Dios Padre y en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo. Y así, si te sigo y cumplo todo lo que Tú me mandas, voy a poder llegar al Cielo. Yo quiero seguirte y cumplir todo lo que Tú me mandas. Gracias Jesús, porque siempre estás conmigo y nunca me vas a dejar.



Héroes entre nosotros



Hola. Soy Juan, uno de los apóstoles de Jesús.

Un día que estamos lavando las redes, junto con mi papá, Jesús nos invita a Santiago, mi hermano, y a mí a que lo sigamos. Dejamos todo y nos vamos con Él.

En tres momentos importantes, Jesús solo nos llevó a Pedro, a Santiago y a mí con Él. Cuando resucitó a la hija de Jairo, cuando se transfiguró y en su agonía en el Huerto de los Olivos.

Cuando crucificaron a Jesús, estuve junto a la Cruz, con María su madre y con María Magdalena.

Y ahí le dijo a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo, Después me dijo: He ahí a tu Madre. Y desde esa hora, yo la recibo como mi Madre.



Después de la muerte de Jesús, Pedro y yo, padecemos cárceles, azotes e insultos, por parte de los judíos.

En el año 81, Domiciano es el emperador romano. Y empleó todo su poder para intentar destruir el reino de Cristo, y borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano.

Yo estoy en Éfeso, para poder atender mejor las necesidades de las iglesias de Asia, que fundé. Y soy desterrado de ahí. Poco tiempo después me llevan a Roma, donde me encierran en un horrible calabozo. Pero yo sigo lleno de alegría, porque quiero dar mi vida por Jesús.

El emperador quiere verme. Me presento ante él. Y empieza a hacerme preguntas. Me dice: Es necesario que renuncies a una religión, cuya doctrina es enemiga de los placeres y deleites de los sentidos, y cuyos dogmas son incomprensibles por misteriosos. Y que te pases a la nuestra, donde acabarás en paz tus últimos días. Yo me quedo horrorizado. Y le digo: No creas oh emperador, que tus promesas o tus amenazas me van a hacer titubear. No hay más que un solo Dios. Y ese es a quien yo sirvo y adoro. Mi mayor dicha será derramar toda mi sangre por Él. Y hace mucho tiempo que suspiro por este glorioso sacrificio.

Entonces el emperador manda que sea arrojado en una tinaja de aceite hirviendo, para que pierda la vida en este tormento. Escogen una gran plaza, cerca de la puerta Latina, se llama así, porque se sale por ella a los pueblos del Lacio. En medio de la plaza colocan una gran tinaja llena de aceite, que está sobre una gran hoguera.

Asiste el senado y la mayor parte de la ciudad. Me azotan, según las leyes de los romanos, que ordenan este suplicio a todos los condenados a muerte. Cuando ya estoy todo rasgado, me meten en la tina de aceite hirviendo. Pero el Señor, que solo quiere darme la gloria del martirio, pero no permitir que los hombres acorten mi vida, hace un gran milagro. Porque el aceite hirviendo se convierte en un baño dulce y benéfico que cierra y cicatriza mis heridas. Y las llamas se vuelven contra los ministros que las atizan. Este milagro tan evidente, produce su efecto. Muchos de los que están ahí, se convierten.

Y el mismo emperador, cuando le cuentan lo que pasó, se admira tanto, que se contenta con enviarme desterrado a la isla de Patmos en el mar Egeo, donde estoy hasta la muerte de Domiciano. Ahí Dios me revela los admirables y escondidos misterios del Apocalipsis.

Aunque no morí en la olla de aceite, me dan el título de mártir.

Este milagro es en el año 91 del Señor. Y la Iglesia lo celebra cada año. Es la fiesta de San Juan ante la Puerta Latina.

Erika María Padilla Rubio

